

“Somos Iglesia y en ella, discípulos misioneros”

Tema 5

“El testimonio de los santos en la Iglesia”

La santidad

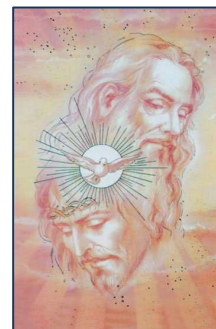
"Permanezcan en mí, como yo en ustedes..." (Jn 15, 4), estas palabras contienen en sí lo que debe ser la Iglesia, pues, permanecer en Cristo significa establecer un vínculo vital con Él, lazos profundos con aquel que es la fuente de la vida divina.

Esa vida divina, a nosotros, los cristianos, a la Iglesia, llega a través de los Sacramentos, que no son otra cosa que los "signos" de la acción salvífica de Cristo, que derrota los poderes del pecado y de la muerte injertando y fortificando en los hombres los poderes de la gracia y de la vida, cuya plenitud es Él mismo.

Esta plenitud de gracia (Jn 1, 14) y esta vida sobreabundante (Jn 10, 10) se identifica con la santidad. La santidad está en Dios y sólo desde Dios puede llegar a la creatura, en concreto, al hombre.

Jesucristo, el Hijo de Dios nacido de María, es la encarnación viva de esta santidad. El mismo se presenta como "aquél a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo" (Jn 10, 36). De Él, el mensajero de su nacimiento (el Arcángel Gabriel) dice a María: "El que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35). Los Apóstoles son testigos de esta santidad, como proclama Pedro en nombre de todos: "Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6, 69). Es una santidad que se fue manifestando cada vez más a lo largo de su vida, comenzando por la infancia (Lc 2, 40, 52), hasta alcanzar su cima en el sacrificio ofrecido "por los hermanos", según las mismas palabras de Jesús: "Por ellos me santifico a mí mismo para que ellos también sean santificados en la verdad" (Jn 17, 20), en conformidad con su otra declaración: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

La Santidad de Cristo debe llegar a ser la herencia viva de la Iglesia. Esta es la finalidad de la obra salvífica de Jesús, anunciada por El mismo: "Para que también ellos sean santificados en la verdad" (Jn 17, 19). Así lo comprendió Pablo, que, en la Carta a los Efesios, escribe que Cristo "amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla" (Ef 5, 25-26), para que fuera "santa e inmaculada" (Ef 5, 27). Jesús ha hecho suya la llamada a la santidad, que Dios dirigió y su Pueblo en la antigua Alianza: "Sed



santos, porque yo, Yahvéh, vuestro Dios, soy santo" (Lev 19, 2). El mismo Jesús retomará estas palabras en el Evangelio de Mateo y las referirá a su Padre celestial exhortando a sus seguidores a una perfección que tiene a Dios por modelo: "Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt 5, 48). Puesto que el Hijo refleja del modo más pleno esta perfección del Padre, Jesús puede decir en otra ocasión: "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14, 9).

Es por eso que, al fundar su Iglesia, también se ha preocupado de alumbrar su camino hacia la santidad, para que, todo aquel que acepte ser su discípulo, entienda que su meta debe ser la santidad. En el sermón de la montaña, ha dejado a su Iglesia el código de la santidad cristiana, el camino inequívoco para alcanzarla, no para sus líderes (apóstoles y discípulos solamente) sino para toda su Iglesia, Jerarquía y pueblo fiel.

Es por eso que, en la Iglesia, como señala el Concilio vaticano II, "todos son llamados a la santidad" (L.G 39). En ese mismo número señala que "la santidad concierne a todos: A la Jerarquía y al pueblo fiel", pues, "estamos todos llamados a la perfección de la caridad" (L.G 40).

Los Santos en la Iglesia

Toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, "nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios" (L.G 50).

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio de Dios y afirma: "Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor" (Ef 1, 4). Y habla de todos nosotros.

La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que

Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús

El concilio Vaticano II habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella: “En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria” (L.G 41).

Pero permanece la pregunta: **¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas?** La respuesta es clara: *una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo, quien nos hace santos*; es la acción del **Espíritu Santo** la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de **Cristo** resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el concilio Vaticano II: “Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. **El bautismo y la fe** los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron” (L.G, 40). La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal y llega a acuñar una terminología nueva en la que muestra nuestro destino unido indisolublemente al de Cristo. Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios. En **realidad, en eso consiste la verdadera santidad: Que Dios sea en nosotros.**

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el concilio Vaticano II precisa; **nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida.** “Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5, 5). **Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él.**

Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar con atención **la Palabra de Dios y cumplir su voluntad** con la ayuda de su gracia, **participar frecuentemente en los sacramentos**, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y **dedicarse constantemente a la oración**, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. “El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley, dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin” (L.G 42). Quizás también este lenguaje del concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debemos decir las cosas de un modo aún más sencillo. **¿Qué es lo esencial? Lo esencial es nunca dejar pasar un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios.** Y, en el camino de nuestra vida, seguir las “señales de tráfico” que Dios nos ha comunicado en el Decálogo leído con Cristo, que simplemente explicita qué es la caridad en determinadas situaciones. **Parece ser que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada;** seguir, en las decisiones, las “señales de tráfico” que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. *“Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo”* (L.G 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

Esta es la razón por la cual san Agustín, comentando el capítulo cuarto de la primera carta de san Juan, puede hacer una afirmación atrevida: **“Ama y haz lo que quieras”**. Y continúa: **«Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien”**. Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: “Ama y haz lo que quieras”.

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar a ser santos? La Iglesia, durante el Año litúrgico, nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, se

puede decir que muchos santos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Pero, debemos añadir que, no sólo los grandes santos son verdaderas señales de tráfico que nos orientan en el camino, sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que nos encontramos a lo largo de nuestra vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días dejan transparentar la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, debe ser para nosotros los cristianos el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Todos estamos llamados a **la santidad: es la medida misma de la vida cristiana**. Una vez más san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: “A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo ... Y él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo (La Iglesia), hasta que llegemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4, 7.11-13).

Debemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros santos, como Dios quiere que seamos. No debemos tener miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no debemos temer que Dios nos pida demasiado; debemos dejarnos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será él quien nos transforme según su amor. No somos perfectos, pero estamos llamados a la perfección, no somos santos, pero estamos llamados a la santidad y nos santificamos en el día a día de nuestras ocupaciones, cuando éstas las realizamos con cariño, con bondad y con alegría, cuidando que nuestro ejemplo de vida sea una señal de tránsito que guíe a otros por el camino seguro, el que lleva y llega a Dios.

Sugerencias:

1.- Iniciar el encuentro invitando a escuchar la lectura de uno de los textos presentados en el tema en relación a la “Santidad”

2.- Observar un video en relación a la santidad, teniendo en cuenta estas preguntas:

a.- ¿Cuál condición me parece más esencial para alcanzar la santidad?

b.- Según el video ¿es posible alcanzar la santidad? ¿Cómo?

c.- ¿Qué rol juega Cristo en mi camino a la santidad?

d.- ¿Podemos ser santos por nuestras propias fuerzas?

<http://www.youtube.com/watch?v=i2jvFKdzexc&feature=related>

3.- Podemos organizar un diálogo grupal en relación al video visto

4.- Realizamos un plenario

5.- Se explican algunos elementos en relación a la santidad

6.- Se invita a orar, junto a un video, que invita a la reflexión.

<http://www.youtube.com/watch?v=G0oUrlN7nFc&feature=related>

7.- Se entrega algún signo del encuentro como recuerdo, en relación a la santidad